



# LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

**SUMARIO.**—*Crónica local, por D. Francisco Flores Arenas.*—*Teatro Principal, por D. Francisco Flores Arenas.*—*La ausencia, poesía por D. Antonio de Trueba.*—*Dias geniales, por D. Juan Cuesta.*—*Correspondencia.*—*Geroglífico.*

## REVISTA LOCAL.

*El nuevo candelabro.—Plaza de la Libertad.*  
—*Obras particulares.*

Hay piés á los que no les está bien ningún zapato, como hay cuerpos á los que el mejor sastre no puede hacer un frac sin arrugas: la plaza de Mina sigue por lo visto la analogía del frac y del zapato: no hay candelabro que le cuadre. Es una fatalidad del sitio.

En efecto, todos recuerdan la unánime rechifla que produjo la aparición del anterior. Con todo, esto de verlo uno y otro día, si no nos lo hacia parecer menos feo, por lo menos habia engendrado ya la costumbre de no mirarlo, lo cual era lo bastante á entibiar la oposicion primitiva. Es como el que tiene una fuente abierta en su cuerpo: al principio le duele, luego le molesta y no mas, y al cabo de algun tiempo, ni echa siquiera de ver que tal cosa tenga.

Así las cosas, llegó un día, que fué el San Martin de aquel puerco, y el candelabro vino al suelo para dejar el sitio vacante á otro, segun noticias traído de Sevilla, y aquí corregido y aumentado.

Todas las probabilidades de éxito estaban á favor del recién venido. ¿Qué podria ponerse que fuera peor que el quitado?

Sin embargo, este no fué gran cosa lo que satisfizo, acaso porque se esperaba con razon ó sin ella mucho mas. Hay mas gusto en las cur-

vas de sus brazos, haciendo desaparecer en no leve parte la insufrible rigidez y la monótona distribucion del otro, las bombas reemplazaban con notoria ventaja á los faroles de cofradía, al menos en cuanto á la visualidad; pero poco se habia ganado en el estípite, que con corta diferencia es de la misma forma que el otro, y poco tambien en el pedestal de hierro, en el que se descubre cierto aire de familia con el de mármol á quien sucedió.

Faltaba, no obstante, el verlo en el ejercicio de sus funciones; porque sabido es que la primera condicion que se exige á un candelabro es que alumbre. Lo demás fuera tener una noria sin pozo ó una fuente sin agua.

Esta condicion es precisamente la que no tiene. Sus nueve luces arrojan entre todas menos luz que la que arrojará un candil de cocina colgado de una percha que allí se colocase. Sus bombas deslustradas, buenas solo para dar á una sala una claridad tibia que no ofenda á la vista, se han ennegrecido completamente, dando á aquello un aspecto tétrico y como de escena de melodrama. En suma, respecto á luz, el nuevo candelabro hace echar de menos el antiguo, aun en sus últimos tiempos en que habitualmente tenia cerrados dos ó tres de sus cinco ojos.

Una dificultad se nos ocurre además. Estando abiertos por arriba como es forzoso, los tubos de cristal, ¿no entrará el agua cuando llueva y no apagará las luces?

Creemos haber oído decir que las bombas eran provisionales. Si es así esperaremos á ver como queda aquello definitivamente para reformar nuestro juicio, si hallamos motivo.

¿Estaria mejor alumbrado el centro de la plaza con solo una gran luz, segun se ha hecho en otras partes, y entre ellas en Madrid? En teoría puede afirmarse que sí; pero ignoramos los inconvenientes que haya podido hacer ver la práctica.



El mercado ha experimentado mejoras y modificaciones. En otras se trabaja, y ya se han hecho algunos ensayos por vía de prueba. Se han pintado las galerías y los puestos, aunque no se ha hecho nada en los remates de los arcos, cuya conclusion quedó rezagada al inaugurarse la plaza, esto es, hace la friolera de veinte años. Se han colgado persianas en los intercolumnios, lo que hace bien á la vista y produce en las galerías una grata sombra y una dulce temperatura. Lástima es que los inquilinos de los puestos aten las cuerdas, con que aquellas se manejan en las columnas, locual ensucia la piedra, destruye la pintura, roza las débiles aristas de las estrías, y presenta una visualidad fea.

Se están construyendo para abrigo de los puestos leventes tiendas de lienzo, cuya techumbre ha de apoyarse sobre piés de hierro. Hace días se hizo la prueba en una cuartelada, pero tenemos entendido que no satisfizo, y que se creyó conveniente introducir algunas reformas. Había motivos para ello.

En efecto, ¿pueden aquellos lienzos sin otra preparacion resistir á las lluvias? Y en este caso, ¿qué corriente se dá á las aguas, estando unidas, como lo estaban, las vertientes de las cuatro tiendas que forman la cuartelada?

Creemos que lo que se proyecta constituye una mejora importantísima; pero por lo mismo es necesario que lo que se haga se haga bien.

Adviértase que el cobertizo de que hablamos no se extendía una pulgada mas allá de la línea de los puestos. Todo se había hecho allí en esclusiva ventaja de los tomates y de las berengenas, pero para nada se tuvo en cuenta la de los compradores. Mas de cuatro de ellos en días de agua ó de fuerte calor trocarán de buena gana su suerte con la de los colinabos y las endívias, que van á yacer allí á cubierto del agua y del sol.

Si estas observaciones, que de seguro se habrán ocurrido á quien quiera que dirija la obra, se tienen presentes con oportunidad, podrá hacerse mucho bueno. El mercado de Cádiz, de suyo tan bello, unirá á la belleza la comodidad, y si se resuelve el árduo problema de que no se espongan á romperse las piernas los que bajen los escalones que de las galerías conducen al piso de la plaza, nada mas habrá que pedir.

Respecto á obras particulares diremos algo de la que se está egecutando en la plaza de la Constitucion, en el sitio que ocupó el inmemorial café de Apolo.

El dios de las artes se ha ido huyendo de allí, y ha hecho bien.

¿Qué significa un arco ojival de ingreso, adaptado á una fachada moderna? ¿Y á dónde va aquel arco? ¿Con quién armoniza ni á qué línea de las de los huecos corresponde?

¿Si se presentase uno en paseo con trusas folladas á lo Cárlos quinto, frac negro y sombrero de picador, qué diríamos de él.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

---

## TEATRO PRINCIPAL.

---

Se ha presentado el Sr. Carratalá en *El marqués de Caravaca*. Con algo menos de exageracion en acciones y en gesto habria estado mucho mejor, porque al fin canta y tiene dotes para actor del género á que se dedica. Harto mas valió en el Teodorito de *Buenas noches, Sr. D. Simon*.

El Sr. Sanchez Albarran nos divirtió extraordinariamente en el papel de D. Procópio de la misma zarzuela.

La Srta. Ramirez tambien tomó parte en ella.

Sin duda por eso cuidó el cartel de decirnos que algunos artistas habian tenido la bondad de encargarse de papeles que no eran de su categoría.

Asunto es este que no hemos podido llegar á entender nunca.

¿Cuántos pliegos se necesitan para que un actor halle que un papel es de su categoría?

¿Cuántas notas para que un cantante crea de su categoría el que le dan?

Valero, el primer actor de España, está hoy egecutando á un tiempo *El Baltasar* y *El maestro de escuela*.

Segun el mismo cartel el Sr. Monge se ha fugado.

Es todo un golpe de artista.

Lo mismo hizo la Cruveli en París.

El Sr. Carratalá ha hecho el papel del inglés en *Fra-Diávolo*.

Tampoco ha dado con el quid de la dificultad.

A pesar de los esfuerzos del Sr. Sañudo no ha sido posible poner hasta el viernes en escena la ópera nueva *Todos locos*.

Hablarémos de ella otro día.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

---



## LA AUSENCIA.

## I.

Cuando voy por estos valles,  
cuando voy por estas vegas  
acude el llanto á mis ojos  
y á mi pecho la tristeza,  
porque recuerdo que un día  
de placer el alma llena  
soñamos dichas celestes  
juntos en estas praderas.  
¿Dónde estás, paloma mía,  
que solitario me dejas  
vagar por aquí en las dulces  
mañanas de primavera?  
Las mañanitas de mayo  
son, alma mía, muy bellas  
si el amor las acompaña  
y muy tristes si las deja;  
pues cuando es azul el cielo,  
cuando hay lirios y azucenas,  
cuando los pájaros cantan,  
cuando el sol brilla y no quema,  
y cuando de hojas y flores  
se visten las arboledas,  
el amor para las almas  
es necesidad suprema.  
¿Y consientes que mis ojos  
sigan llorando tu ausencia?  
Ojos que te vieron ir  
por esos mares afuera  
*¡cuándo te verán volver  
para alivio de mis penas!*

## II.

Torna á estos valles tranquilos  
y alegre con tu presencia  
mi corazón que se muere,  
que se muere de tristeza!  
y si no fueron mentidas  
tus amorosas promesas,  
si fué el corazón, no el labio  
el que en estas arboledas  
me juró cien y cien veces  
amor y constancia eterna,  
aquí encontrarás la gloria  
mas cumplida de la tierra.  
Si un corazón necesitas  
que tu corazón comprenda,  
si necesitas un alma  
de esas que su gloria encuentran  
en la adoración ardiente  
de todo cuanto se eleva  
por generoso y por bello  
sobre la vulgar miseria,  
ese corazón y esa alma  
en estos valles te esperan.

Cansados están mis ojos  
de llorar tu larga ausencia.  
Ojos que te vieron ir  
por esos mares afuera,  
*¡cuándo te verán volver  
para alivio de mis penas.*

ANTONIO DE TRUEBA.

## DÍAS GENIALES.

## CUADRO TERCERO.

## LAS AGUEDAS.

Es notorio que hubo en la antigüedad un pueblo de mujeres guerreras llamadas amazonas, que no admitían hombre alguno en su compañía; que para poder manejar el arco, arma arrojadiza muy principal en aquel tiempo, con la misma desenvoltura y agilidad que los varones, se hacían cortar en la niñez el pecho derecho; y que como únicas gobernadoras de su república, ellas eran las encargadas de velar por la independencia de la patria y el libre mantenimiento de sus derechos.

También es notorio á todos los pueblos de la cristiandad, que entre los terribles tormentos que con varonil esfuerzo padeció Santa Agueda por no querer abjurar de la religión del crucificado, que había abrazado con santo ardimiento, no fué el menos cruel el de sufrir que le atenazearan y arrancaran los pechos; y que por el heroico valor con que soportó tan crueles dolores, le dedica la iglesia el día de su festividad rezos, consagrados solamente á los santos.

¿Tendrán alguna relación estas dos cosas con la costumbre que se sigue en algunos pueblos de España de entregarse las mujeres el día de Sta. Agueda á una porción de escesos, usurpando hasta cierto punto las atribuciones de los hombres? Lo ignoro; y aunque he tratado de investigar el origen de una práctica tan singular, nada he conseguido. Pero como cualquiera que haya sido la causa primera de este abuso, ha tenido lugar en mis días, y subsiste aun, aunque no tan exagerado como en otro tiempo; he creído que su descripción merecía un lugar muy distinguido en esta colección, y le he consagrado un artículo particular.

Era el amanecer del día 5 de Febrero de 1830, cuando un repique general de campanas anunció á los pacíficos habitantes de la culta Salamanca que era llegado el día de Las



*Aguedas.* La ciudad de las cien torres echaba repentinamente al vuelo sus mil y una lenguas de metal, rompiendo bruscamente el sepulcral silencio en que yacía sumergida desde que en el esquilon de S. Martín había vibrado la última campanada de la Queda (1). Pero aquel universal arrebató tenía tanto de torpe é irregular, que revelaba fácilmente la inesperta mano que la producía.

En efecto: infinitas turbas de mujeres se habían reunido en cada barrio de la población, y poseídas de una especie de vértigo revolucionario, habían cojido por asalto las llaves de la iglesia del poder de los sacristanes, subido á las torres y levantado aquel horrible somaten, que presagiaba los desórdenes que habían de tener lugar aquel día. Aterradora diana con que aquel ejército de desastradas amazonas daba principio á su efímero reinado, demostrando con tan elocuente testimonio lo que sería la sociedad entregada á la dirección de aquellas haraposas bacantes.

—Hoy mandamos nosotras; decían á gritos por las calles mientras iban llamando á las puertas de las nuevas reclutas, que incorporándose á los grupos engrosaban prodigiosamente las turbulentas masas.

—Al redemonio! decía otra dejando al tolerante esposo todo el cargo de la administración doméstica.

—Pascasia! gritaba á su mujer un voluntario realista asomado por un ventanillo, con su obligada gorra de cuartel encasquetada sobre el pañuelo que traía liado á la cabeza; mira lo que haces no me endispingas con el tiniente.

—Vivan las Aguedas! exclamaba por toda respuesta la mujer, especie de furia que capitaneaba aquel pelotón de viragines, llevando enhiesto un pan de dos libras en la punta de un sable de infantería, prenda patriótica del armamento de su marido, que en aquel día se había dejado usurpar el fuero.

Cualquiera que por primera vez hubiera visto aquel aluvión femenino arrastrando en su tumultuosa carrera todo lo más abyecto de la población, se hubiese creído trasladado á los sangrientos días de la revolución francesa.

Asquerosamente disfrazadas, las unas con pedazos de pellejo ó con rúdos de esparto; otras adornadas con papeles recortados y cascarrones

de huevo; esta con un destrozado guitarrillo en las manos; aquella con la cara tiznada haciendo gestos y contorsiones y todas en continua y semi-selvática algazara, recorrían las calles sin rumbo ni objeto, como si fuese llegada la hora del Apocalipsis.

—A la plaza! dijo una voz que salió del grupo de la Pascasia.

—A la plaza! á la plaza! repitieron en coro todas las que seguían á aquella alma resucitada de Robespierre.

—A la tienda de Boní que nos dé el aguardiente.

—Y si no quiere darlo? repuso una deteniéndose como quien espera una respuesta conocida.

—Si no quiere darlo, contestó una casi anciana poniendo las manos en la cintura y los pies en tercera; probe dél.

—Y de la vaca de su mujer! añadió la Pascasia.

—Y del frasco de melocotones que tiene en vino sobre el mostrador, dijo la semi-vieja sacudiendo la cabeza y acomodando tras de la oreja los largos mechones de espesas canas que le caían sobre los hombros.

La puerta del licorista estaba cerrada todavía; pero esto no era causa de desafuero para las altivas Aguedas. Por lo mismo que su reinado había de concluir con el último rayo de aquel sol que empezaba entonces á despuntar en el horizonte, era preciso no desperdiciar un momento en aquel día de desorden tradicional, que el rigor de las instituciones no había osado sin embargo restringir.

El postigo del almacén se abrió á pocos instantes, y el prudente italiano, aleccionado por la experiencia de otros años, dió con aparente buen humor sendos vasos del refinado á la sedienta comparsa, que entre unos cuantos tacos del pan de la Pascasia los trasegaron al estómago con la más estóica filosofía.

Ya iban á desalojar la tienda, cuando un cabo del resguardo que había estado aquella noche de rondín, viendo abierto tan de mañana el santuario de Baco, quiso echar la sosiega para entregarse con más dulzura en los brazos de Morfeo.

Desventurado! lo mismo fué asomar por la puerta, que sin respetar la pequeña escarapela encarnada que se ostentaba sobre la plegada funda de hule que cubría su sombrero de copa alta, le echaron mano, y mientras una le hacía tomar una copa y las otras le pedían algo para *Las Aguedas*, la Pascasia poco satisfecha de sus escusas le registraba los bolsillos con una resolución admirable.

—Vamos, cabo Arranques; decía la más vie-

(1) Por los años de 1830, todas las noches, (á las nueve en invierno y á las diez en verano) se tocaba en Salamanca por disposición gubernativa un toque particular en la iglesia de S. Martín que se conocía con el nombre de la *Queda*. Después de este toque, no era permitido salir á la calle sin llevar luz y sin un motivo grave, como el de haber un enfermo ú otro imprevisto equivalente.



ja con una sonrisa falsa; suelte Vd. algo para las Aguedas.

—Anda! le decía al mismo tiempo la Pascasia con una saña insaciable. ¡Cigüeño de los demonios! (1) yo te haré pagar hoy los registros de todo el año. ¿Te acuerdas, perro, del día que me pillastes en la pesquera de Santa Marta y me sacastes la bota que llevaba escondida debajo de la camisa?

—Pero ya ves, repuso Arranques masticando un trozo de tabaco, según costumbre que había adquirido en el norte cuando militó á las órdenes del marqués de la Romana; ya ves que yo soy un criado de la ríal Hacienda y tengo que perseguir á los enfraudadores de ella.

—Lo que tú eres, es un gran borrachon que ni siquiera me quisiste devolver la colambre.... una peseta.... y.... tres cuartos, añadió sacando todo lo que el infeliz llevaba en el bolsillo de su chaleco de pana.

—Para los buñuelos, dijo una.

—Sí, sí, para los buñuelos, dijeron las otras; y salieron en tropel á la calle llevándose el dinero sin oír las protestas de Arranques, que de puro coraje dejó caer al suelo el pedazo de tabaco que tenía en la boca.

—¿Pero ha visto Vd. qué bribonas? exclamó volviéndose al pacífico italiano que limpiaba tranquilamente las migajas que habían quedado en el mostrador.

—E que volete, amico? Sono costumbro di Spagna.... pacenza é rire!

Entre tanto el grupo de las Aguedas cada vez mas nutrido, llegó al puesto de los buñuelos.

En medio de la plaza y al rededor de una hoguera, se hallaban en dulce coloquio tres personajes: la buñolera, mujer como de unos cuarenta años, gruesa y frescachona, que armada de mandil y mangas de lienzo colocaba sobre el fuego una gran caldera de aceite y daba la última mano á la dispuesta masa. Un loco, antiguo cirujano á quien la muerte de su mujer había trastornado el juicio y que pasaba las noches cantando al son de una pandeleta á la puerta de la iglesia donde estaba enterrada (2); y un pigmeo, amante furibundo de la buñolera, conocido por el Enano de Sto. Tomás.

El loco, llamado Próspero el bolero, cansa-

do de cantar toda la noche, tenía la costumbre de pasar la madrugada al calor de la confortante hoguera; y en cuanto al enano, escusado es decir que su ocupacion era la de ayudar á su amada en el oficio, atizando el fuego y avivando la amorosa llama que hacia tiempo había logrado encender en el tierno corazón de la buñolera.

Pepillo, que este era el nombre del enano, era muy grueso de cuerpo y bastante feo, pero era poblado de barba y tenía unos brazos y unas piernas tan bien hechas, que parecia un hombre regular mirado por el fondo de un vaso. Su talla total seria de tres piés, y su edad como de cuarenta y cuatro años; pero tenía tal empeño en disimular su falta, que siempre llevaba un enormísimo sombrero de copa alta un poquito inclinado sobre la oreja.

—D. José, mucho madruga Vd.; dijo la primera de las Aguedas al llegar; y dándole con el puño en la copa del sombrero se lo encajó hasta el cuello.

Poco preparado D. José para este incidente, y careciendo de base sólida en que sostenerse, cayó de espaldas y luchó largo rato por sacarse el sombrero, que á no impedirlo los hombros, se le hubiera metido hasta las rodillas.

—Vaya, mujer! ¿te parece esta una buena accion? dijo enojada la buñolera incorporando á su diminuto amante y ayudándole á salir del sombrero.

Furioso el pigmeo con la humillacion que á los ojos de su querida acababa de experimentar, cogió un tizon de la hoguera, y aplicándolo al ruedo de esparto con que iba vestida su imprudente agresora, le hubiera hecho pagar cara la travesura á no haber acudido á apagar el incendio sus compañeras.

Repuesta del susto la Muerte, que así se llamaba aquella especie de arpía, acometió de nuevo al bueno de D. José, y á muy poca costa le bajó y con un zapato le dió mas de diez azotes, antes que la buñolera y hasta el mismo D. Próspero pudieran quitárselo de las manos.

Pero estos eran ya escesos de mayor cuantía. D. José pedia justicia y ponía al bolero por testigo, llamándole para que le acompañase ante la autoridad.

—Que vaya, que vaya, poco importa; decía la Pascasia levantando el sable y colocándose al frente de la insubordinada hueste.

—También iremos nosotras; añadió la Muerte, y veremos quien habla mas alto.

En efecto; detrás del enano y el bolero marchaban en tropel y dando gritos aquellas terribles furias, que en breves instantes llegaron á la casa del Ayuntamiento.

(1) Lllaman allí Cigüeños á los que meten en la ciudad vino sin pagar derechos, escondido debajo de los vestidos. Contrabandistas de poca importancia como puede suponer el lector.

(2) En aquella época no había todavía cementerio en Salamanca, y los cadáveres se enterraban en las parroquias respectivas.



Aunque era muy temprano, la sala de justicia estaba ya abierta, dejándose oír dentro de ella gran bullicio y animación. Otra horda de Aguedas había ganado por asalto las llaves del consistorio y tomado posesión del mando con público menosprecio de la legítima autoridad, que cediendo á la tradicional costumbre, consentía de buen grado aquellos excesos, poniendo especial cuidado en no presentarse aquel día para no esponer su privilegio á las inconsideraciones de aquella chusma soez.

Cuando nuestro pigmeo, quitándose con ambas manos su escomunal sombrero, se halló en la sala de justicia frente á aquel tribunal de Proserpina, su primer impulso fué retroceder, bien persuadido de que en aquel día sería imposible obtener reparación; pero sus furibundas enemigas, que iban detrás de él, cambiando la ira en satisfacción al apercibirse del chasco, cogieron de nuevo á mi D. José, y levantándolo en el aire por los brazos, como niño que no quiere ir á la escuela, lo pusieron mal de su grado de patitas sobre la mesa de la presidencia.

D. José se puso el sombrero para dejar libres las manos, y entonces la Bata, que hacía de autoridad, dando sobre el provocativo sombrero un formidable cachete que resonó en todos los ángulos del consistorio, volvió á repetir sin saberlo el insulto de que precisamente venía á quejarse.

—Baul!... baul!... arca madre!... maleta!... gritaron todas á una vez, aludiendo á la magnitud y forma del sombrero.

—Vamos, dijo el pigmeo cuando pudo volver á ver la luz del día y echándolo todo á broma; estaos quietas y dejadme.

El infeliz se sonreía con una amargura que causaba compasión.

—Qué traéis á este tribunal? dijo la Bata recostando su despeluzada cabeza sobre el respaldo del sillón.

—Traemos esta araña que ha osado tentar á nuestros privilegios; contestó la Pascasia dando un golpe en la mesa con el puño del sable de su marido.

—Es mentira!

—Es verdad! es verdad! decía todas ahogando con sus gritos las protestas del enano.

—Silencio! gente ausoluta y desencomunada! ligítimas hijas de Barrabás y de los felisteos! dijo la Bata sacudiendo sobre el auditorio dos vejigas que tenía atadas á la punta de un palo y que dejó descansar sobre el hombro á manera de cetro.

—La verdad yo la diré; prosiguió el acobardado pigmeo.

—Calla tú también, grillito Perez! repuso

la presidenta dándole con las vejigas en el sombrero, á cuyo ruido soltaron todas la carcajada: yo doy mi sentencia; y digo, que ya que está aquí D. Próspero con su pandereta, cante unas boleras y baile este resalao con la mejor moza y de mas resandunga que haiga en la sala.

—Eso sí que no, dijo la Pascasia; que baile él solo en la mesa.

—En la mesa! en la mesa!

Y el bolero sacudiendo la pandereta, entonó una alegre seguidilla, que el enano bailó sobre la mesa á las mil maravillas.

—Perdonao! perdonao! dijo la presidenta; y despues añadió con tono de autoridad: y ahora, hijos míos, ya estais aquí de mas. Yo os conjuro en nombre del rey nuestro señor, y apuntaba con el palo á un retrato del último monarca, á que marcheis por donde habeis venido y Dios os asista, que hay muchas justicias que hacer y no da el día para tanto.

Cosa rara! á la órden de la presidenta desaparecieron todas de la sala sin la menor dilación. El enano y el bolero marcharon juntos, y el grupo de la Pascasia imponente ya con las que se iban agregando, marchó por una calle larga y tortuosa que conducía á la universidad.

Durante esta larga travesía no encontraron hombre á quien no hiciesen soltar algún dinero, si quiso salir sano de sus uñas; pero cuando llegaron á las puertas de aquel edificio, la cosa cambió de aspecto.

Numerosos estudiantes les esperaban impacientes y deseosos de dar rienda suelta á su proverbial buen humor. Aquel negro bosque de manteos y sombreros tricornios, se abrió en dos hileras formando calle, y una pareja de los mas autorizados por su descarada osadía salió á recibirlas sombrero en mano y capa terciada, como si hubieran sido nombrados para esta comision.

—Oh, señora! exclamó uno de ellos dirigiéndose á la Pascasia con una reverentísima cortesía: los paupérrimos hijos de Minerva saludan á la sórdida tropa con el entusiasmo mas horripilante. Civitatis faex!

—Y vosotras, prosiguió el otro compañero en ademan de arenga: deidades nauseabundas de quienes los mas famosos poetas no tendrán nunca nada que decir, pasad adelante. Mancillad con vuestra planta impúdica nuestro templo sagrado, y que no haya de hoy mas lugar alguno reservado á tan esclarecidas metrices.

—Bendito sea tu pico de oro, resalao! contestó entusiasmada la Pascasia, convirtiendo



en laudatoria la insultante alocucion que acababa de oír.

—¿Y qué sabes tú lo que nos ha dicho? repuso una: ¿piensas que toas han sido alabanzas? Pues yo no intiendo, pero....

—Yo tampoco, repuso la Pascasia: pero, mujer, dí la verdad, ¿no te da gusto el oírlos?

—Miste ahora! ya lo creo! á toas nos gusta lo güeno.

—Nuestros compañeros, prosiguió el primero de los estudiantes, os conducirán hasta los aposentos mas cerúleos; os manifestarán los misterios mas recónditos, y os explicarán los hiperbólicos secretos que mas se ocultan. Et rejicerebunt vobis postea dicentes: meretrices, meretrices, meretrices! y se inclinó ante la Pascasia, retirándose despues á un lado para dejar franco el paso á la diabólica falange.

Con la impetuosidad del torrente que se precipita en las profundas simas de una catarata, se lanzó dentro de la universidad aquella legion del averno; pero los estudiantes en vez de seguir tras ellas, cerraron repentinamente las puertas del edificio, dejándolas solas y burlando con esta jugada estratégica los desatentados planes de tan soez canalla.

Al verse solas dentro de aquel silencioso recinto y frente á los retratos reales y mitológicas alegorías que decoran las severas galerías del claustro; al ver todas las cátedras cerradas todavía, así como la iglesia, la biblioteca y todas las demás entradas interiores, nuestras valientes heroínas tuvieron miedo.

—Huif! qué demonio tan feo! dijo la vieja de las greñas canas, apuntando á un retrato de Carlos II; parece que le han chupao las brujas!

—Y qué bichos serán estos? decia otra medio asustada señalando un cuadro que representaba los signos del zodiaco.

—Qué se yo, mujer! algun alma en pena de estos rabinos, que todos tienen pauto con los diablos.

—Sabeis lo que digo? interrumpió la Muerte que empezaba á temer alguna travesura de los estudiantes: que nos marchemos de aquí cuantimas antes si no queremos quedar encantás toitas por secula seculorum.

Un general y prolongado grito de espanto fué la contestacion de aquellas bacantes tan valerosas, que se lanzaron á la carrera fuera del edificio por otra puerta que habia abierta al lado opuesto de la que habian cerrado los estudiantes.

—Y á dónde vamos? preguntó al llegar al grupo la que se habia quedado mas rezagada.

—Adónde? al rio.

—Pues al rio; dijeron todas; y volviendo á emprender su marcha devastadora, desaparecieron por la tortuosa y pendiente calle de Tentenecio.

Pero una triste consideracion me obliga á suspender un momento mi relato.

La calle que acabo de nombrar va á desembocar en una puerta de la poblacion, que por estar situada frente al Tórmes se le ha llamado la Puerta del rio. Por esta misma puerta hacia veinte siglos que el pueblo salmantino, conquistado por los cartagineses á las órdenes del grande Anibal, habia salido desarmado segun las leyes de la capitulacion. Pero las mujeres al abandonar sus hogares, sacaron ocultas bajo sus vestidos las espadas de sus esposos, y cuando sus codiciosos enemigos se entregaban al saqueo de la ciudad, los salmantinos armados por sus mujeres entraron de nuevo y degollaron en sus mismas casas á los cartagineses, que ocupados con el botin no tuvieron manos para defenderse.

¡Qué diferencia entre las gentiles adoradoras del Hércules Líbico y las repugnantes nietas de Doña María la Brava!

A los pocos minutos el femenino ejército habia plantado sus reales en la estensa ribera del Tórmes, donde siguió entregado á sus espoliadores instintos hasta las tres de la tarde.

A esta hora el grupo de la Pascasia, cuya particular historia es mi solo objeto, se retiró á su barrio donde á espensas de los fondos, producto de sus rapiñas, se habian comprado tres gallos, que para fin de fiesta, debian correrse con toda pompa y solemnidad.

Desde la ventana donde habiamos visto por la mañana asomado al voluntario realista, hasta otra que á igual altura se hallaba en la opuesta acera de la calle, habia atravesada una cuerda. En el medio de esta cuerda y atado á ella por ambas patas, revoloteaba un gallo, esperando el triste momento de estirar el gañote al dulce halago de las amigas de la Pascasia.

El marido de esta, á quien ya conocemos y que se habia guardado muy bien de abandonar la casa, se asomó á la ventana, con su gorra de cuartel por supuesto, teniendo en brazos al niño pequeño que lloraba sin consuelo.

Daba principio la corrida de gallos.

Como la fina hebra se desprende del enmarañado copo sin que este al parecer disminuya, así empezaron á desfilar del grupo una por una las alegres Aguedas, formando un prolongado cordon que iba pasando por debajo de la cuerda donde se hallaba el gallo. Cada una que pasaba alargaba cuanto podia la mano para alcanzarlo, ya saltando ó ya ha-



ciendo la chiquita para levantarse de repente y asegurar mejor la presa. Pero no era permitido á ninguna detenerse bajo la cuerda, ni pasar mas veces por ella que las que le tocase por turno general.

El objeto de esta fiesta era adjudicar el gallo á la que tuviese la fortuna de arrancarle de un tiron la cabeza.

A una de las ventanas donde estaba atada la cuerda se hallaba la directora por decirlo así, de aquel bárbaro juego, que tirando del cabo mas ó menos segun la altura de las que iban pasando, trataba de hacer durar la fiesta todo lo posible.

Cuando alguna lograba hacer presa, la de la ventana descolgaba el mutilado animal, lo entregaba á la vencedora y ponía otro en su lugar.

Iban dos víctimas sacrificadas y solo faltaba la última que agitaba ya las alas en la fatídica cuerda. La Pascasia no habia logrado siquiera tocar la pluma de ninguna de ellas, y era casi un desaire á su carácter de capitana no lucirse en aquella especie de certámen olímpico. En efecto; viendo que una y otra vez pasaba por debajo de la cuerda sin conseguir su objeto, sacó de repente su sable y sacudió tan furibundo golpe al inocente gallo, que cayó al suelo dejando en la cuerda las cortadas patas.

Aunque ilegal, la suerte se aplaudió como buena, y la Pascasia fué declarada acreedora al último gallo, que en union con los dos anteriores, fueron incontinenti puestos en pepitoria.

El banquete se celebró en casa de la que anduvo á tizonazos con el enano. Hubo en él mucho vino, y todo se costó á espensas de los que como Arranques habian sido saqueados de grado ó por fuerza. La concurrencia fué numerosa, pues las independientes Aguedas, no sabiendo ya que hacer de tanta libertad, convidaron á sus maridos, á quienes instintivamente cedieron por completo la presidencia.

JUAN CUESTA.

## CORRESPONDENCIA.

Sra. D<sup>a</sup> J. R. R.: *Alcalá de los Gazules*.—Suscrita hasta fin de Setiembre.

Sra. D<sup>a</sup> E. M. L. de A.: *Inieta*.—Con el número 37 se le ha remitido el figurin de niños.

Sra. D<sup>a</sup> M. L. S.: *Madrid*.—Suscrita hasta fin de Octubre.

Sra. D<sup>a</sup> E. F.: *Navas del Rey*.—Idem. Los nú-

meros publicados desde el 1<sup>o</sup> del actual se le han remitido el día 17.

Srta. D<sup>a</sup> J. G. de la V.: *Los Barrios*.—Por el correo del 17 se le ha mandado el cuaderno de este mes. En su día se le remitió á S. Fernando.

Sra. D<sup>a</sup> A. C.: *Aleoy*.—El aviso de su suscripcion por 3 meses desde 1<sup>o</sup> de Julio, no ha llegado á nuestro poder hasta el día 19 del que rige, y el 20 se han puesto en el correo los números publicados.

Sra. D<sup>a</sup> C. R.: *Sevilla*.—Queda variada la direccion. En el próximo patron aparecerá el nombre que pide.

Sr. Don A. G. G.: *Almería*.—Suscrito hasta fin de Octubre á nombre de D<sup>a</sup> D. M. y S.

## Solucion del geroglífico anterior.

*Los árabes abandonaron á Granada en el año 1492.*

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1858.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

